

CALLE CATEDRAL (Ex Calle de La Catedral)

Al principio, la Iglesia Mayor se hizo de carrizos y adobes, pero después, como los caudales crecieron y los ánimos también se ensancharon, compartió las bonanzas del humilde reino para convertirse en un suntuoso templo de tres naves, construidas con piedra de sillería. La Catedral ocupaba el costado occidental de la Plaza de Armas, y su pórtico enfrentaba al norte, en la derecha llamada "de Bartolomé Flores", en recuerdo del pechero y soldado alemán que acompañó a Valdivia en la conquista. Esta calle, que comenzaba en la plaza, se extendía cinco cuadras hacia el poniente, terminando en la parroquia rural de Santa Ana. En 1850, apenas se recordaba allí el nombre del abuelo de la Quintrala, pues el templo, que edificara con limosnas don García Hurtado de Mendoza, se alzaba con su vistosa arquería de piedra blanca, sin que otro en las Indias, le igualara, dando a la calle su nombre grandilocuente "de la Catedral".

No estaba aún terminada la iglesia cuando sobrevino el terremoto del año 1647 que asoló a Santiago, arruinando "obra tan prima" y de tan magnífica fábrica. Sin embargo, después de un tiempo en que se despejaron los escombros, la misa floreció de nuevo en las derruidas naves de la Casa de Dios, oyéndola los feligreses desde la plaza y calle contigua, y en el momento de la elevación, la hostia blanca surgía de entre las ruinas, como mística siempreviva que llevaba la esperanza y la fe a los corazones afligidos.

En el año 1748 se empezaron de nuevos los trabajos, bajo el gobierno de Ortiz de Rozas, en el mismo local, pero bajo un plan distinto, pues la Catedral ya no daría su frente a la calle de su nombre, sino a la Plaza del Rey, tomando, para su mayor extensión, el solar situado en la esquina de la atravesada, que pertenecía a los bravos caballeros de Bascuñan y Pineda, y donde anteriormente estaba situado el cementerio parroquial.

El Obispo González Marmolejo puso la primera piedra de esta iglesia en julio 1º de 1748, y dio para su fundación 43.000 pesos. Incendiada el 29 de diciembre de 1769, los trabajos de reconstrucción los continuó once años después el Obispo Alday, a los que contribuyó con doscientos mil pesos. Celebró "su colocación" estando aún la fábrica incompleta. Se había hecho cargo de la obra el célebre arquitecto Toesca, quien concluyó la antigua fachada copiando el plano de la iglesia de San Juan de Letrán; pero la construcción del templo continuó por algunos años más, con largas intermitencias, hasta 1830, en que quedó concluida, con excepción del frontispicio. En tanto, algo curioso pasaba en esta fábrica, permanentemente inconclusa: el pueblo divulgaba la superstición de que la Catedral no podía ser terminada jamás. A comienzos de este siglo, el Obispo Casanova quiso darle un aspecto definitivo, cubriendo la piedra patinada con las edades con la banal arquitectura de la nueva época; sin embargo, no está lejano el día en que vuelva a surgir la línea eterna con que antaño fue construida, para mayor gloria de Dios y regocijo de la cristiandad, y una vez más se cumpliría la tradición....

Don Antonio Ramos, que vive en la esquina con la calle del puente, me conduce del brazo en peregrinación de recuerdos. Es un señor muy perejil, y cuentan de él que, en el año 1850, todavía usaba chape largo, pantalón corto, zapatos con hebilla de plata y capa color aceituna. No se resignaba a los tiempos del pipiolismo.

Don Antonio se ha puesto solemnisimo:

- Vamos, niño, no me arrastres los tacos; que aún para algo servimos los viejos que no hemos llegado a verdes.

Y me ha conducido, abriendo el ceremonioso compás de las zancas, calle abajo, parándose aquí, gesticulando con los brazos allá, persignándose acullá, y, casi siempre, elevando los ojos hacia el cielo para gimotear contra una juventud que ya no respeta nada y que acabará por destruir las cosas más santas.

- Esta calle debía haberse llamado "de los colegios", pues fueron varios los que sentaron sus reales por estos sitios.

Nos hemos detenido en la esquina de la Bandera; su vista hacia el Congreso y los jardines que dan a la calle Catedral.

- No hace muchos años, una friolera de setenta nada menos (cualquier muchacho de mi tiempo tiene hoy día noventa), cuando quedaba un resto del edificio de los jesuitas, existía aquí un patio que se llamaba el Aula de la Gramática, y que era como una escuela de las primeras letras a la que asistían los niños de la nobleza. Ese patio tenía una puerta baja hacia la calle, semejante a la de las cocheras, y en él se alojó el Batallón de Talaveras durante los años trágicos de la Reconquista, en que lo capitaneó San Bruno.

"Si la memoria no me acompaña del todo mal, fue a mi señor padre a quien le tocó presenciar un escena soez en los momentos en que pasaba una dama de muchas campanillas por la puerta del cuartel. El sargento talavera le gritó desde adentro, entre las risotadas de sus compañeros: " !Insurgenta! ¡No te tragara el diablo y te viniera a vomitar a mi cuadra! ". Pero también me refería a mi padre que un Capitán de Dragones le contó que, habiendo ido a vender cuando niño manzanas en un canasto a la puerta del cuartel, le arrebató un tambor una fruta, amenazándolo con cortarle la cabeza si reclamaba; visto por un superior fue obligado a pasearse durante una hora con su caja a la espalda, a lo largo de la cuadra, en castigo de su rapacidad.

- ¡Vaya, no parece un talavera de San Bruno el que estaba ese día de guardia!
- ¡ Cosas del destino, porque esos demonios hasta el día de hoy no te dejan de molestar!
- ¿Cómo así?
- ¡ Ese sitio está infectado! Yo era niño. No tendría diez años y me educaba en el viejo instituto que estuvo instalado en estos mismos salones. Era condiscípulo mío pero de más edad, por supuesto, Don Diego Barros Arana. Vea pues, en nuestras jugarretas del recreo un día se nos ocurrió abrir un cuarto semiescondido en la casona, y que parecía haber permanecido cerrado una porción de años. Tiramos del mohoso candado y al penetrar, cual sería nuestro asombro al descubrir una cantidad de morriones, bandas y demás paramentos que habían pertenecido a los Talaveras. Felices con el hallazgo, en un santiamén nos repartimos los aborrecidos uniformes para formar un escuadrón. Yo, como era el más pequeño, elegí un morrión de dos cuartas de alto, lleno de polvo, pero nunca lo hubiera hecho... ¡ Cómo quedé, hijo

mío! ¡ Cubierto de piojos! Y así todos los compañeros que tuvieron la humorada de vestirse de talaveras.

“En otra de esas salas funcionó también una escuela de primeras letras, dirigida por un mocho mercedario que no le iba en zaga a su augusta patrona en lo de dar cordonazos. Y para confirmar que esta calle debió haberse llamado “de los colegios”, no hay más que mirar la acera del frente, hacia la casa de don Agustín Edwards. Allí estuvo el de Zapata, que tenía por costumbre poner en la puerta del zaguán una lista de “los locos” que educaba. ¡Cómo serían esos zanguangos!

Vamos a llegar a la esquina con Amunátegui. Don Antonio se ha detenido para contemplar la vieja casona del general don Juan Francisco Gana, que destaca sobre la esquina sudponiente, con soberbio gesto, su pilar de piedra.

- ¡Esquina del Peumo! – susurra don Antonio, llevado por un recuerdo de vieja cortesía -. ¡La casa de misiá Rosarito! ¡ Las primeras cuadrillas bailadas en la juventud! ¡ Cómo ha pasado el tiempo en que les agradaba a las mujeres cuando uno la sacaba a bailar! Decían que yo las llevaba muy bien.. Dolorcitas, ¡ qué lejos está de mis pisotones! Estoy desvariando, niño... Esta memoria... ¿qué íbamos hablando? Ya recuerdo: aquí estuvo, hasta la Independencia, el Colegio de San Carlos, donde se educó mi padre; el “ Colegio Colorado”, como lo llamaban por el uniforme. Diz que por primera vez se dio aquí a los nobles una educación científica. Se abrieron clases para la enseñanza de latín, filosofía, teología y jurisprudencia; y que de sus aulas salieron esos tres mosqueteros que se llamaron José Miguel Carrera, Manuel Rodríguez y Diego Portales.

“ Y vea, amiguito, si no tengo razón que esta calle debió llamarse “de los colegios”: mire hacia allá, en la casa de la derecha, al llegar a la esquina del Sauce: allí tenían su colegio las beatas Mardones, que enseñaron a leer a los “Ochocientos” (apodo que los Carrera pusieron a los Larraín), con lo cual las pobres tuvieron para irse calzadas al cielo. Y de remate, Bello, el gran don Andrés, que hasta hoy día enseña para claridad de la gramática, vivió sus últimos años en esta calle, en el número 100, frente a la casa de Matte, el padre de don Domingo.

El sol deja en las techumbres su rayo dorado. Por el balcón alto de la casa de misiá Rosarito unas manos apresuradas cogen las jaulitas de los pájaros, llevándolas al interior. La calle se llena de sombras. Hemos caminado hasta la plazoleta de Santa Ana. La vieja y amazotada torre se levanta formidable bajo un cielo límpido y verdoso. Es una hora de vieja sugestión para don Antonio Ramos. Se ha sentado en el borde de la pileta a sorber con largura una narigada de rapé. Sus ojos reviven en una ronda de niños.

Pasa una mujer de manto con una flores que va a depositar en la hornacina de la Virgen Inmaculada.

Un lejano resplandor aún mancha la cúpula de la Catedral.

Fuente:

Libro “Santiago Calles Viejas” de Sady Zañartu